

# El imperio de los sentidos. Sobre *Las ciudades invisibles* de Italo Calvino

---

Elena Stapich

*Lo que dirige el relato no es la voz. es el  
oído.*

Italo Calvino

## Prólogo

*Las ciudades invisibles* se publicó por primera vez en 1972. Su reedición por Siruela, de 1998, cuenta con un prólogo del mismo autor, perteneciente a una conferencia que dictó Calvino en 1983, para un grupo de estudiantes de la Universidad de Columbia.

El prólogo se hace cargo de todas o casi todas las funciones propias del paratexto. Adelanta el contenido del libro, pero

también trata de la gestión de su escritura: Calvino habla de la "traducción" de las experiencias a imágenes urbanas: "...todo terminaba por transformarse en imágenes de ciudades: los libros que leía, las exposiciones de arte que visitaba, las discusiones con mis amigos." (12)

Esa reflexión nos lleva a pensar en cómo se va estructurando el imaginario individual y colectivo y por ese hilo conductor podemos llegar a Benjamin, cuyo imaginario, forjado en la infancia en el mundo de los cuentos de hadas de los hermanos Grimm y en el de los mitos griegos, lo llevaba a "traducir" la ciudad en bosque, en laberinto...

Tal vez hoy perderse sea necesariamente perderse en una ciudad y las imágenes del laberinto ya no se correspondan con las del bosque o el desierto, sino con las de una urbe sin orden ni concierto, sin centro ni sentido, como en los dibujos de Escher.

Por otro lado, Calvino da cuenta de los diversos intentos de ordenamiento de los materiales reunidos. Y de cómo, después de sucesivos descartes, fue eligiendo ciertos rótulos:

*Esta vez, desde el principio, había encabezado cada página con el título de una serie: Las ciudades y la memoria, Las ciudades y el deseo, Las ciudades y los signos (...). Hubo otras series que no preví de entrada; aparecieron al final, redistribuyendo textos que había clasificado de otra manera, sobre todo como "memoria" y "deseo", por ejemplo Las ciudades y los ojos (caracterizadas por propiedades visuales) y Las ciudades y los intercambios, caracterizadas por intercambios: intercambios de recuerdos, de deseos, de recorridos, de destinos. (12/13)*

Esta característica del libro, la de haber sido escrito, ordenado, reordenado, a lo largo del tiempo, lo convierte en un

registro de los nuevos intereses y las nuevas preocupaciones del autor, cuya trayectoria intelectual va desde una etapa inicial como intelectual de izquierda "orgánico" del P.C., hacia una apertura a la semiótica, una mirada del texto más focalizada en la aventura del lector, una inquietud por las cuestiones relacionadas con lo ecológico, una vuelta o una permanencia, al fin, de lo utópico (el deseo), a través del señalamiento de lo que hay de feliz en las ciudades y que es imperativo expandir...

Contrariamente a lo que suele ocurrir con los textos armados a partir de fragmentos, en *Las ciudades*... el elemento que opera conectando las partes entre sí, dándoles un marco y una coherencia, no resulta un simple dispositivo unificador, sino que tiene valor en sí mismo. Me refiero, obviamente, a los diálogos entre Marco Polo y Kublai Kan.

Todo el texto de Calvino produce un efecto de distanciamiento tal que no es posible reconocer ninguna ciudad en particular, reflejada en alguna de las ciudades descriptas. Y, por eso mismo, es posible reconocer cualquiera en ellas...

Los diálogos contribuyen a producir ese efecto distanciador, con su pátina de antigüedad y de exotismo. Lo exótico, como bien lo señala Calvino, ya no se consigue. Por tanto, ha de buscarse en la literatura. Es así como los grandes textos, aquellos a los que Michel Tournier caracterizara por su "poder germinativo", son los que proveen la escenografía para los textos nuevos. Tal vez la palabra no existía por entonces, de modo que Calvino no habla de "globalización", pero el concepto es idéntico: cuando todo tiende a uniformarse, cuando las distancias quedan anuladas, lo imaginario provee:

*...libros que se convierten en continentes imaginarios en los que encontrarán su espacio otras obras literarias; continentes del 'allende', hoy cuando podría decirse que el 'allende' ya no existe y que todo el mundo tiende a uniformarse. (14)*

Pero el ambiente exótico y la lejanía difusa en que transcurren los diálogos no deben confundirnos: la corrosión que afecta en forma inexorable al vasto imperio del Kublai Kan tiene su correlato en la entropía que aqueja a las ciudades contemporáneas y que las vuelve, si no invisibles, "invivibles", verdaderas trampas tecnológicas en las que cualquier incidente (un corte de luz, por ejemplo) arroja súbitamente a los habitantes de retorno a la Edad Media.

No obstante, el ser humano insiste en habitar en ciudades. Calvino describe al Marco Polo de su libro como un develador de enigmas. El más importante sería el porqué de esa insistencia. Y la respuesta es que las ciudades son los lugares de intercambio: la clase de mercancía que se intercambia en cada una de ellas es lo que les da su razón de ser...

Al finalizar el prólogo, el autor se ocupa de las diversas miradas (semiológica, psicoanalítica) que los críticos han echado sobre sus textos. En esta crítica de la crítica, se reserva un lugar como lector y no elige los fragmentos más programáticos, aquellos en los que se plantea la utopía de rescatar las imágenes felices de las urbes, escasas, fugaces, como pérdidas dentro de las descripciones infernales, sino los pasajes donde se despliegan las ciudades aéreas, las más contrapuestas al ser concreto, a la esencia grave de la ciudad, que la mantiene enraizada a la tierra:

*Como un lector más, puedo decir que en el capítulo V, que desarrolla en el corazón del libro un tema de levedad extrañamente asociado al tema de la ciudad, hay algunos de los textos que considero mejores por su evidencia visionaria, y tal vez esas figuras más filiformes ('ciudades sutiles' u otras) son la zona más luminosa del libro. Eso es todo lo que puedo decir. (16)*

---

## Una lectura posible de *Las ciudades invisibles*: Intercambios de sentido

De los muchos intercambios que se despliegan a lo largo de las descripciones de las distintas ciudades, hay una insistencia en los intercambios de sentido. La primera ciudad que aparece bajo el título *Las ciudades y los signos* es Tamara. El viajero que recorre Tamara la ve como un libro abierto ante sus ojos o, mejor aún, como un diccionario. El intercambio, como es predominante en todas las ciudades, se produce a través de la visión:

*El ojo no ve cosas sino figuras de cosas que significan otras cosas: las tenazas indican la casa del sacamuelas, el jarro la taberna, las alabardas el cuerpo de guardia, la balanza el herborista. (28)*

El viajero, por lo tanto, lee. Se desliza feliz, refugiado en la tersura de un recorrido sin tropiezos, facilitado por su enciclopedia mental, que provee de un significado a cada signo que se ofrece a su vista. Lo que no se encuentra debidamente rotulado puede ser decodificado gracias a la posición que ocupa dentro del sistema de la ciudad.

Si el viajero accede a otro tipo de intercambio, el de comprar/vender, no por ello abandona el tráfico de sentidos, ya que los objetos no valen por sí mismos sino por lo que representan dentro de la dinámica de esta sociedad.

Cuando se abandona Tamara, se lo hace con la ilusión de haberla conocido, pero nada se sabe de ella, más que lo que ella deja saber:

*...la ciudad dice todo lo que debes pensar, te hace repetir su discurso, y mientras crees que visitas Tamara, no haces sino retener los nombres con los cuales se define a sí misma y a todas sus partes. (29)*

Puede pensarse que describir a Tamara es hablar sobre la naturaleza del lenguaje y de nuestra relación con él, de nuestra forma de des-conocer la realidad a través de él. Tamara actúa con los viajeros apelando al más puro conductismo: a tal estímulo, tal respuesta. Tal vez sólo rompiendo el vínculo de hierro que une a los signos con un significado determinado a priori se pueda quebrar este autoritarismo del lenguaje y acceder a alguna forma de conocimiento...

Si siguiendo un recorrido de lectura discontinuo, que atraviesa todos los fragmentos titulados *Las ciudades y los signos*, llegamos a Zoe. Se nos había dicho antes que cada viajero posee un modo de decodificar las ciudades, provisto por su conocimiento de la sintaxis de los espacios urbanos. Según dónde esté ubicado cada edificio, sus características, su posición en relación con los otros espacios, tal será su función, es decir, su sentido. Hay una estructura mental de las ciudades que se rellena con cada ciudad en particular. Pero en Zoe las cosas no funcionan así, porque un mismo espacio sirve para realizar todas las funciones:

*En cada lugar de esta ciudad se podría sucesivamente dormir, fabricar herramientas, cocinar, acumular monedas de oro, desvestirse, reinar, vender, consultar los oráculos. (47)*

El viajero entra en confusión en esta ciudad que no se deja leer como Tamara. En Zoe no hay adentro / afuera, ciudad / campo. No establece divisiones en el continuum de la realidad. No permite interpretar la experiencia. No se entiende el porqué de Zoe. La ciudad, entonces, no tiene sentido.

Pero entre la manipulación de Tamara y la confusión de Zoe aparece otra posibilidad: la siguiente estación del itinerario por *Las ciudades y los signos* es Ipazia. Esta ciudad está lle

na de señales, de flechas que apuntan a objetos, sólo que entre las señales y los objetos la relación es inversa a la que indica la experiencia del viajero. Un hermoso jardín de magnolias con lagunas azules no oculta bellas ninfas sino los cadáveres de los suicidas. En el suntuoso palacio no habita un sultán a quien presentar las quejas: allí están encerrados los presos, condenados a trabajos forzados. En los fondos de la gran biblioteca el viajero no encuentra a un sabio que le dé una explicación sino a un joven fumador de opio. El sabio, en este continuo desplazamiento de los lugares canónicos, se halla en la plaza rodeado de juegos infantiles. Este filósofo atribuye el desconcierto del viajero a su ignorancia: “- Los signos forman una lengua, pero no la que crees conocer.”(62)

Todo el problema parece radicar en una cuestión de acuerdos y convenciones sobre el sentido de los signos. Ya que estos son arbitrarios, pueden significar en Ipazia algo bien distinto de aquello a lo que aluden en otras ciudades. Será cuestión de aprender la nueva lengua. El viajero la aprende, para poder vivir en Ipazia. Pero las últimas palabras de este fragmento, epigramáticas, introducen una radical desconfianza. No ya hacia la lengua de la ciudad que, una vez aprendida, deja de ser imprevisible, sino hacia el lenguaje en general:

*Claro que también en Ipazia llegará el día en que mi único deseo sea partir. Sé que no tendré que bajar al puerto sino subir al pináculo más alto de la fortaleza y esperar que pase una nave por allá arriba. ¿Pero pasará alguna vez? No hay lenguaje sin engaño. (62)*

No obstante, en la última estación de este recorrido por las ciudades que, diseminadas a lo largo del libro, se pueden reagrupar bajo el título común de *Las ciudades y los signos*, se habla de otra clase de engaño. No se trata ya del desencuentro producido por el engaño del lenguaje, sino del desacuerdo, la

disonancia, la contradicción entre las ciudades y el discurso desplegado sobre ellas.

Dice Marco Polo, el viajero, a su estático interlocutor: "Nadie sabe mejor que tú, sabio Kublai, que no se debe confundir nunca la ciudad con las palabras que la describen." (75)

Para ilustrar la sentencia, Marco Polo se refiere a Olivia:

*Si te describo Olivia, ciudad rica en productos y beneficios, para glosar su prosperidad no puedo sino hablar de palacios de filigrana y cojines con flecos en los antepechos de los ajimeces; más allá de la reja de un patio, una girándula de surtidores riega un prado donde un pavo real blanco hace la rueda. Pero a través de estas palabras tú comprendes enseguida que Olivia está envuelta en una nube de hollín y de pingue que se pega a las paredes de las casas; que en el gentío de las calles los remolques, en sus maniobras, aplastan a los peatones contra los muros.*  
(75)

En otro pasaje del libro, Calvino se refiere a una ciudad donde los afortunados y los marginales viven en el anverso y el reverso, habitan la misma ciudad-hoja-de-papel, sin rozarse jamás. Hay una imposibilidad -parece querer decirnos el autor- de dar cuenta de la realidad de una ciudad por magnífica que sea desde el discurso apologético, porque éste evacua automáticamente de la representación todo lo que parecería ser inherente a una gran urbe: su lado oscuro. Esta realidad dual le hace decir, en el cierre del fragmento: "La mentira no está en las palabras, está en las cosas." (76)

## Los diálogos: una metáfora de la lectura

En una suerte de obediencia a los señalamientos que hace Calvino en el prólogo, trasladaremos el eje de los intercambios



de sentido desde las ciudades invisibles a los diálogos entre Marco Polo y el Kublai Kan. El autor expresa que la crítica no ha prestado suficiente atención a los diálogos, tal vez por considerarlos un dispositivo estructurante que permite integrar en un todo los fragmentos en que se describen las ciudades. Y lo son. Pero hay en ellos un plus: constituyen, a partir de la situación del diálogo, un puro metalenguaje, un desfile de temas propios de la semiótica y, más aún, de la filosofía.

Esta figuración del viajero que, desde un punto fijo, constituido por los jardines del palacio, emprende su travesía y regresa para contar lo que ha visto a un emperador estático, que gracias a él puede imaginarse su imperio, imaginar el mundo, en fin, puede muy bien representar la dialéctica del escritor y su lector.

Podrían señalarse en esta homología dos incongruencias: en la experiencia literaria no hay alguien dinámico, que viaja, y alguien que permanece estático, como predicaciones atribuibles al escritor y al lector, respectivamente. Excepto en el relato de viajes...

Pero los diálogos son, precisamente, la refutación del viaje. No hay tal viaje. Hay una construcción imaginaria que surge del intercambio de sentidos.

Esto puede leerse en uno de los últimos diálogos:

*Polo: ... Tal vez este jardín sólo asoma sus terrazas al lago de nuestra mente....*

*Kublai: ... y por lejos que nos lleven nuestras atormentadas empresas de condotieros y mercaderes, ambos guardamos en nuestro interior esta sombra silenciosa, esta conversación pausada, esta noche siempre igual.*

*Polo: A menos que sea cierta la hipótesis opuesta: que quienes se afanan en los campamentos y en los puertos sólo existen porque los pensamos nosotros dos, encerra*

*dos entre estos setos de bambú, desde siempre inmóviles. (127)*

Como visión de la realidad, ésta que se nos describe sería propia de un idealismo absoluto, o más bien, de un solipsismo. Como imagen del intercambio entre el autor y su lector, no se trataría tanto de la abolición de la realidad exterior al sujeto, cuanto de la construcción permanente de mundos por la fuerza de lo imaginario.

La otra incongruencia que se podría señalar en la homologación Marco Polo – autor / Kublai Kan – lector es la de la atribución de roles activo / pasivo, que sería ingenua a esta altura de las conceptualizaciones sobre los procesos de lectura. No obstante, a lo largo de los diálogos, va cobrando fuerza la idea de un trabajo cada vez más relevante, por parte del receptor, en la construcción del sentido. Al principio de sus intercambios, Marco Polo se expresa ante el emperador mediante gestos, pantomimas, o la exhibición de objetos. Kublai Kan debe interpretarlos. Se trata de una comunicación diferente a la que mantiene con sus funcionarios. En ella hay una serie de lagunas, de espacios vacíos que el emperador debe rellenar.

Más adelante, cuando el viajero se vuelve más diestro en el manejo de la lengua; sus relatos se tornan más precisos y detallados. No obstante, su interlocutor vuelve una y otra vez a aquellos significantes que aparecieron en los primeros diálogos y que se convirtieron en emblemas de las ciudades aludidas. Su poder de significación es más fuerte que las palabras claras y precisas que escucha ahora. Por lo tanto, éstas se cargan del sentido de los emblemas originales, incorporando nuevas significaciones a los relatos.

Su vasto imperio se le presenta al Kublai Kan como una serie de emblemas a descifrar:

*Quizás el imperio, pensó Kublai, es sólo un zodíaco de fantasmas de la mente.*

*-El día que conozca todos los emblemas –preguntó a Marco- ¿conseguiré al fin poseer mi imperio?*

*Y el veneciano:*

*-Sire, no lo creas: ese día serás tú mismo emblema entre los emblemas. (37)*

Es decir, que el apropiamiento del significado de los emblemas haría ingresar al emperador en el orden simbólico de los mismos, que, de hecho, lo incluye, por ser él parte del imperio al que representan. El imperio como texto a leer, el emperador como parte del texto...

Tal como en la ciudad visitada por Gulliver, de la que Jonathan Swift nos cuenta que los sabios habían decidido abolir el lenguaje, Marco Polo utiliza los objetos en lugar de las palabras. Pero estos objetos poseen la cualidad de la polisemia:

*... los objetos podían querer decir cosas diferentes: un carcaj lleno de flechas indicaba ya la proximidad de una guerra, ya la abundancia de caza, ya una armería; una clepsidra podía significar el tiempo que pasa o que ha pasado, o bien la arena, o un taller donde se fabrican clepsidras.*

*Pero lo que hacía precioso para Kublai cada hecho o noticia referidos por su inarticulado informador era el espacio que quedaba en torno, un vacío no colmado de palabras. (Calvino, 52)*

La descripción del tipo de comunicación que se establece entre el emperador y el viajero constituye la "traducción" al discurso literario de las problemáticas planteadas por Eco en sus ensayos *Obra abierta* y *Lector in fabula*. En este último podemos leer:

...el destinatario extrae del texto lo que el texto no dice (sino que presupone, promete, entraña e implica lógicamente), llena espacios vacíos, conecta lo que aparece en el texto con el tejido de la intertextualidad, de donde ese texto ha surgido y donde habrá de volcarse: movimientos cooperativos que, como más tarde ha mostrado Barthes, producen no sólo el placer, sino también, en casos privilegiados, el goce del texto. (13)

Es por eso que el discurso de Marco Polo es asimilable al discurso poético: los signos abren un espacio para la constitución de la subjetividad de su oyente, por la doble vía de la plurisignificación de las palabras empleadas y de la posibilidad de crear una articulación entre ellas, rellenando los espacios vacíos, hallando conexiones que no se encuentran determinadas a priori.

Dice el texto:

*Las descripciones de ciudades visitadas por Marco Polo tenían esta virtud: que se podía dar vueltas con el pensamiento entre ellas, perderse, detenerse a tomar el fresco, o escapar corriendo. (52)*

La descripción de las descripciones parecería estar hablando de un texto y su lector, pero, sobre todo, de la libertad del lector frente al texto.

Cuando Marco Polo va sustituyendo los objetos y los gestos por palabras, gracias a su progresivo dominio del lenguaje, el intercambio con Kublai Kan se rigidiza y empobrece: "Pero se hubiera dicho que el intercambio entre ellos era menos feliz que antes..." (53)

En procura de recuperar el placer perdido, los interlocutores intentarán un diálogo gestual primero, más ade

lante jugarán al ajedrez, convirtiendo a cada pieza, a cada movimiento, en nuevos emblemas, tan ambiguos como los primitivos. Hay una búsqueda constante de renovación de los códigos, ya que cada lenguaje descubierto tiende, con el tiempo, a anquilosarse. Cuando esto ocurre, los que dialogaban eligen el silencio: "... en sus conversaciones permanecían la mayor parte del tiempo callados e inmóviles." (53)

Por si alguna duda queda acerca de la relevancia del receptor en estos diálogos, de su rol constructivo, del carácter de negociación que rige a sus intercambios, encontramos en una de las últimas conversaciones el cuestionamiento del emperador a Marco Polo: "-Cuando regreses al Poniente, ¿repetirás a tu gente los relatos que me haces a mí?" (145)

La respuesta del viajero despliega nitidamente las ideas de Italo Calvino sobre la relación entre el escritor y su lector:

*-Yo hablo, hablo –dice Marco- pero el que me escucha sólo retiene las palabras que espera. Una es la descripción del mundo a la que prestas oídos benévolos, otra la que recorrerá los corrillos de descargadores y gondoleros del canal de mi casa el día de mi regreso, otra la que podría dictar a avanzada edad, si cayera prisionero de piratas genoveses y me pusieran el cepo en la misma celda que a un escritor de novelas de aventuras. Lo que dirige el relato no es la voz: es el oído. (145)*

Habíamos comenzado con la referencia a la ciudad como algo a traducir, a interpretar. Marco Polo había dicho que, en ese sentido, las ciudades son como los sueños: pueden parecer no tener sentido, como surgidas del azar. Pero si se atrapa el hilo secreto de su discurrir, el sueño expresa un deseo o un temor. Ambos, las ciudades y los sueños, requieren ser interrogados. O nos interrogan:

*-También las ciudades creen que son obra de la mente o del azar, pero ni la una ni el otro bastan para mantener en pie sus muros. De una ciudad no disfrutas las siete o las setenta y siete maravillas, sino la respuesta que da a una pregunta tuya.*

*-O la pregunta que te hace obligándote a responder, como Tebas por boca de la esfinge. (58)*

Podríamos pensar, del mismo modo, que un texto despliega ante el lector su maravilla, pero, más allá de este despliegue, hay un intercambio de preguntas. Estos interrogantes son verdaderas pruebas. De ahí, el carácter iniciático de la lectura. Viajero en una ciudad desconocida, el lector se aventura por la selva de los signos en una travesía que es productora de significado y de subjetivación.

## Bibliografía

- Bachelard, Gastón (1983) *La poética del espacio*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Barthes, Roland (1973) *El placer del texto*. Madrid: Siglo XXI.
- Benjamin, Walter (1990). *Infancia en Berlín hacia 1.900*. Buenos Aires: Alfaguara
- Bravo, Víctor (1997) *Figuraciones del poder y la ironía. Esbozo para un mapa de la modernidad literaria*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana.
- Calvino, Italo (1998). *Las ciudades invisibles*. Madrid: Siruela
- De Certau, Michel (1990) *L'invention du quotidien*. Paris: Gallimard
- Dubois, María Eugenia (1992). *El proceso de la lectura*. Buenos Aires: Aique Grupo Editor
- Eco, Umberto (1976). "La vida social como un sistema de signos" En: *Introducción al estructuralismo*. Madrid: Alianza.

Eco, Umberto (1981). *Lector in fabula*. Barcelona: Lumen.

Greimas, A. J. y Courtés, J (1982). *Semiótica. Diccionario razonado de la teoría del lenguaje*. Madrid: Gredos

Jauss, Hans Robert (1987). *Estética de la recepción*. Madrid: Arco / Libros

Swift, Jonathan (1974). *Los viajes de Gulliver*. En: Maestros ingleses. Barcelona: Planeta

Tournier, Michel (1996). "¿Existe una literatura infantil?" En: *Revista La Mancha* Papeles de literatura infantil y juvenil. N° 1. Bs. As